

Lino González Ansótegui

ROMANCERO
DE GUZMÁN EL BUENO

PREMIADO

en el

CERTAMEN PÚBLICO CELEBRADO EN LEÓN

en Septiembre de 1894



PALENCIA

Imprenta y Librería de Alonso é Hijos,

Mayor principal, núms. 98 y 100

G-F 8946



DGCL
A

Lino González Ansótegui

ROMANCERO
DE GUZMÁN EL BUENO

PREMIADO

en el

CERTAMEN PÚBLICO CELEBRADO EN LEÓN
en Septiembre de 1894



PALENCIA

Imprenta y Librería de Alonso é Hijos,
Mayor principal, núms. 98 y 100

C. 1200377

t. 109001

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA

DE CLASIFICACION DE LIBROS

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



R.121906

DEDICATORIA

A MI ILUSTRADO Y BUEN AMIGO,

D. Pedro Romero Herrera


Humildísima prueba de mi respeto más profundo y mi más distinguida consideración.

EL AUTOR

Al concejal Sr. Gomer

El Autor





ROMANCERO DE GUZMÁN EL BUENO



A LEÓN

¡Salud, hidalgo pueblo; pueblo hermoso
que ennoblecida Corte fuiste un día;
baluarte poderoso
que supiste en tus hombros de coloso
sustentar la cristiana monarquía!

Heróica ciudad que, acariciada
por el dulce recuerdo
de tu antiguo esplendor y poderío,
oyes embelesada
la música encantada
del cercano Bernesga y del Torío;

Que en los benditos lauros
que coronan las cúpulas gloriosas
de tus sagrados templos inmortales,
ves resbalar del Bierzo

las perfumadas auras deliciosas
en dulces, aromáticos raudales;
¡Salud! Tus altas rocas
de pizarra y granito, tus montañas
con cuyas cimas tocas
la alta región de las perpetuas nieves
y sus misterios á sondar te atreves;
tus breñas donde el liquen
brota entre caprichosas aberturas,
de su rústico alcázar soberano;
las extensas llanuras
de tu confín meridional, sus vides
y su abundante grano;
las riberas del Orbigo y del Ezla
que custodian los álamos frondosos
y el haya de Saxambre
cuajada de *fabucos* aceitosos;
tus ricas minas de carbón y hierro
que el hombre ha celebrado,
dones son que Natura, exuberante,
en su bondad constante,
pródiga dió á tu suelo afortunado.

¡León! ciudad bendita
cuya historia inmortal venero ardiente
porque en el alma sin cesar se agita,
porque la llevo escrita
con dulces alabanzas en mis labios

y en mi exaltada mente;
¡Cuna resplandeciente
de guerreros y mártires y sabios!

Tú al centurión Marcelo viste un día
acojerte á la enseña del cristiano
con sublime entereza,
y al bárbaro furor de Agricolano
rodar ensangrentada su cabeza.

Tú en medio de tus locas alabanzas,
para siempre rompiendo tus cadenas
y entre mundos de amor y de esperanzas,
viste á Alfonso el Católico
enclavar poderoso en tus almenas
de «Religión é Independencia» al grito
el estandarte de la fe bendito;
y en Simancas, Madrid y Talavera
paseó el gran Ordoño
entre triunfos y aplausos tu bandera.

Tú, Ciudad sacrosanta, á quien admiro,
un día recojiste agradecida
el último suspiro
del Conde D. Guillén que en tu holocausto
sacrificó su vida;
y viste sucumbir á Alfonso V,
honra y prez de monarcas y guerreros,
víctima ilustre de traidora flecha
después de establecer tus Buenos Fueros....

Espejo de valor y de hidalguía
do se vieron tus bravos campeones
tú, presenciaste, en fin, con mudo asombro
junto al Órbigo un día
el celebrado *Passo* de Quiñones...!

¡Salud, pueblo bendito
que abrigaste en tu seno bienhadado
de las guerras de Malta
al cantor celebrado!

Tus ricos monumentos;
tu sin igual San Marcos, joya hermosa,
del orden plateresco maravilla,
que se alza del Bernesga
en la lozana, pintoresca orilla;
tu Catedral grandiosa,
recuerdos son ¡oh decantada villa!
de otra edad, para tí, más venturosa.
¡Salud, Ciudad gloriosa!
hoy con el alma inquieta,
de admiración y de entusiasmo lleno,
quiere cantar el mísero poeta
al héroe inmortal cuya memoria
eterniza la historia;
al ídolo sublime de mi patria
que abrigaste en tu seno
¡á Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno!



EL PRIMER TRIUNFO

Lema.

No está impresa la gloria de
Guzmán, ni en los labios del
orador ni en la péñola del vate.
¡Está en el alma de los buenos
españoles!

EL AUTOR.

I.

En Castilla y en León
Don Alfonso, el Sabio, manda;
y ya la iglesia de Cristo
su frente inmortal levanta
entre raudales de luz
y entre auroras de esperanzas,
con arrullos de victorias
y con himnos de plegarias:
y en la corona que ciñe

su cúpula sacrosanta,
perpetua sombra proyectan
y eterno perfume exhalan,
los lauros inmarcesibles
que alcanzaron nuestras armas
en Córdoba y en Sevilla,
en Toledo y en las Navas.

En Castilla y en León
Don Alfonso, el Sabio manda,
y aquellas, de su gobierno,
felices horas pasadas,
hánse por su mal, trocado
en horas tristes y amargas.

Ausente está de Castilla
el desdichado monarca,
que fué en busca del ansiado
cetro imperial de Alemania;
mas ¡ay! su vanidad crece,
y crecen también sus ansias,
y en absurdas competencias,
y en reclamaciones vanas
consume paciencia y tiempo
y pingües caudales gasta,
y jamás en sus afanes
un solo paso adelanta.

Y aunque dejó en sus estados
establecida la calma,

alteráronse las cosas
de tal modo con su marcha,
que no respetando treguas,
el rey moro de Granada
al rey moro Aben-Jucef
en auxilio suyo llama.

Con su tropa en Algeciras
el rey de Fez desembarca;
y unidos ambos ejércitos,
arrollan, destruyen, talan,
y todo en Andalucía
á fuego y á sangre pasan.

En combate desigual
muere Don Nuño de Lara;
el príncipe Don Fernando
también al sepulcro baja
antes de entrar en las lides
que contra el moro prepara;
y el Arzobispo Don Sancho,
que inquieto en Toledo se halla
ante los frecuentes triunfos
de las tropas musulmanas;
ofendido al ver la Cruz
por el árabe ultrajada,
y animado por la fe
que siente arder en su alma;
junta sus escasas huestes,

cuelga del cinto la espada,
sale en busca de los moros,
empéñase la batalla;
más que prudente, arrojado
Don Sancho esgrime sus armas;
y ni su arrojo le vale,
ni su ardiente fe le salva,
pues pierde además del triunfo
la cabeza en la demanda.

Entonces, Don Lope de Haro,
rico señor de Vizcaya,
pónese al mando de toda
la nobleza castellana
para tomar de los moros
pronta y ejemplar venganza.

Penetra en Andalucía,
dirige á Jaen su marcha;
y allí ya del enemigo
frente á frente y cara á cara,
da la señal, y sus tropas
sobre los moros se lanzan.

Con Don Lope va Guzmán,
y en su figura gallarda,
y en sus ímpetus y bríos,
y en su arrojo y su constancia,
hay mucho de aquellos ímpetus
y aquella fuerza titánica

del Hector y del Aquiles
que el divino Homero canta.

Él quiere vender su vida
mas, quiere venderla cara,
y ni al enemigo teme,
ni el peligro le acobarda,
ni le pone miedo aquella
numerosísima plaga
de turbantes y banderas,
y alfanges y cimitarras

Y allí donde hay más peligro
el joven Guzmán se lanza,
y sobre su noble bruto
aquí embiste y allí salta,
ora diestro se defiende,
ora impetuoso ataca,
y en su temerario arrojó
y en su triunfadora marcha,
cada momento es un triunfo,
cada triunfo una esperanza
y cada mirada un reto,
y cada reto una hazaña,...

Con su intrepidez los nobles
mucho en la contienda ganan
y mucho los mahometanos
van perdiendo en la jornada.

Juega el viento entre los pliegues

de la bandera cristiana,
y cantos de fe y de gloria
repite su lira extraña;
cantos que entiende el guerrero,
que le animan, que le arrastran,
y en tempestades de aplausos
la victoria le señalan!

Y á su impulso nuestros nobles
la furia del moro atajan
y le cercan y le envuelven
le asedian, le desbaratan,
y ni caballos ni insignias
á sus furores se escapan.

Guzmán, el bravo Guzmán
ni se rinde ni se causa,
y aquí lucha y allí vence,
y aquí hiere y allí mata,
y en lo más encarnizado
del combate siempre se halla.

La atención del enemigo
su valor y empuje llaman
y aun tiempo en este despiertan
la admiración y la rabia.

Hay entre todos un moro
de gran valor y arrogancia,
privado del rey de Fez
y que Aben-Comat se llama,

que, envidioso de los triunfos
que el joven guerrero alcanza,
alfange en mano se arroja
sobre Guzmán que le aguarda
con la calma en el semblante
y con la muerte en la lanza.

Intrépido embiste el moro,
mas, Guzmán el golpe para,
atacándole en seguida
con tal fuerza y furia tanta
que le acosa y desconcierta,
le vence, rinde y desarma.

Y el privado de Jucef
perdidas sus esperanzas,
con la inquietud en el pecho
y con la angustia en el alma,
cae en poder de Guzmán
mientras en el campo estallan
¡himnos gigantes de gloria
que aplaude loca mi patria!





EL TORNEO

II.

Qué ocurre en la gran Ciudad
del gran Fernando III
que así bulle, se engalana
y se regocija el pueblo...?

Es que empleando Guzmán
su habilidad y talento,
logró suspender la guerra,
y honrosas treguas se han hecho
con aplauso y alegría
de cristianos y agarenos;
y para celebrar todos
tan fausto acontecimiento
en la muy gentil Sevilla
se ha preparado un torneo.

Ya reyes de armas y heraldos
con sus carteles de reto

de cortes y de ciudades
y de castillos han vuelto.

Ya la hermosa plaza, en donde
va á celebrarse el festejo,
herida del sol hermoso
por el volcán de oro y fuego,
con sus lindos gallardetes,
con sus escudos guerreros,
con sus banderas flotantes
y con sus tapices bellos,
de luces y de colores
forma un mosaíco inmenso.

Alzanse allí los tablados
de ricas galas cubiertos,
donde las reales personas
han de presenciar los juegos;
donde se hallan muchos nobles
de ansia y de impaciencia llenos
por aplaudir la pericia
de los bravos caballeros;
donde un tribunal se apresta
á dar aplausos y premios
á los que en la liza muestren
más valor y más denuedo;
y donde otro tribunal
más indulgente que recto,
representa de las damas,

los hidalgos sentimientos,
y al que las damas destinan
para perdonar los yerros
del noble que en la palestra
por su astucia ó por su esfuerzo,
falte á los establecidos
capítulos del torneo:
donde están los reyes de armas
implacables y severos,
y donde esperan los músicos
con religioso silencio
una señal oportuna
para anunciar el comienzo
de la lid con sus sonoros
y marciales instrumentos.

Todo preparado se halla,
todo en la plaza es completo;
junto al palenque las tiendas
que ocupan ha poco tiempo
para el servicio de plaza
oficiales y escuderos:
las damas que se hallan ya
en sus preferentes puestos
revelando en las miradas
su inquietud y su contento
ora con hilos de luz,
ora con chorros de fuego.

Y en la redonda cabeza
y en el brazo y en el pecho
lucen magníficas bandas,
brillantes matas de pelo
y preciosos brazaletes
que conservan con empeño
para premiar el arrojo
de su adalid predilecto.

Ya los bravos y arrogantes
contendientes extranjeros
descuelgan armas y escudos
del claustro del monasterio
ó del patio del castillo
donde al llegar los pusieron;
y los heraldos anuncian
con claro y sonoro acento
la entrada de los campeones
con su deslumbrante séquito.
¡Oh! qué derroche de trajes,
caballos y paramentos,
armas, arneses y adornos,
todo hermoso, todo nuevo,
todo llevado con gracia
que hace enloquecer al pueblo
y romper en generales
salvas de aplausos frenéticos.
y cuando el aplauso cede,

y cuando cesa el estruendo,
y cuando todos esperan
que dé principio el festejo,
nuevo rumor se levanta,
se alza mayor clamoreo
y nuevos ¡hurra! y vítores
y nuevo entusiasmo bélico.

Y es que Guzmán, arrogante,
fino, y hermoso y apuesto
en la ancha plaza penetra
fiel y puntual á los retos
que de León y Castilla
y otros puntos se le han hecho.

Y en su lustroso caballo,
y en sus marciales arreos
donde derrama sus haces
de luz rubicunda, Febo,
asemejan lluvias de oro
los encantos del reflejo.

Viene guardando su espalda
lucido acompañamiento
que adora las bellas prendas
del denodado mancebo.

Todos por verle mejor
se levantan de su asiento,
todos á la vez le aplauden,
todos le miran á un tiempo;

con entusiasmo las damas,
con placer los caballeros,
los cobardes con envidia
y los bravos con respeto.

Por fin las trompetas lanzan
los torrentes de su acento,
se aprestan á entrar en liza
los heroes del torneo,
y da principio la fiesta
con regocijo del pueblo...

Espadas inofensivas,
lanzas de achatados hierros
y cuantas armas corteses
son propicias á estos juegos,
de los poderosos brazos
á los ímpetus soberbios,
y en la cubierta cabeza
y en el acotado pecho
chocan, se estrellan y saltan
convertidas en fragmentos.

Muchas lanzas y bastones
ruedan rotos por el suelo,
y se quiebran muchas cañas,
y en muchos lances y encuentros
por su valor y pericia
se lucen muchos guerreros,
pero el valiente Guzmán
está sobre todos ellos.

Siempre delante de todos
acepta todos los retos
y ni se cansa su brazo,
ni desfallece su pecho,
ni se turba un solo instante
su ánimo siempre sereno;
y es de admirar su apostura,
su continente severo,
cómo ataca y cómo esconde
á los ataques el cuerpo,
y cuán firme se sostiene
sobre el caballo ligero
que ora bota y se encarama,
ora piafa descontento
obligando al noble joven
á multiplicar su esfuerzo.

Por cada bote de lanza
tiene un adversario menos
y á cada mirada suya
sale un contendiente nuevo.

Deliran por él las damas,
le aplauden los caballeros,
y todas son á obsequiarle
con joyas y con pañuelos,
con bandas y brazaletes
y matas de sus cabellos.

Y todas sus esperanzas

y sus vítores frenéticos,
y sus amantes promesas
son para el bravo mancebo
que de sus triunfos y lances
y su gloria satisfecho,
dulces sonrisas da en pago
de tan codiciados premios,
premios que son prueba hermosa
del delirio de aquel pueblo
que le aclama una y mil veces
entre su entusiasmo eterno
de todos los campeones
¡por el campeón primero!





EL LEON HERIDO

III.

Impaciente se halla el rey
que en Castilla está de vuelta
de su viaje sin que nada
conseguido haya en su empresa.

Impaciente se halla el rey,
que asuntos de su incumbencia
le privaron aquel día
de ir á presidir la fiesta;
que aunque siempre tuvo Alfonso
predilección por las letras,
también gustaba de ver
las suertes y las proezas
con que su esfuerzo probaban
los nobles en la palestra:
y por conocer ansioso
los lances de la contienda

á damas y á cortesanos
ha llamado á su presencia.

Ninguno á la cita falta,
todos ante el rey se encuentran,
y entre todas, la figura
del joven Guzmán descuella.

Los nobles le felicitan,
las damas le reverencian
y todos le dan su franca
y cumplida enhorabuena
menos su hermano Don Juan,
que, envidioso de su estrella,
de cruzar con él sus frases
parece que se desdeña;
pues si le habla es con despego,
si le mira es con soberbia,
y en su marcado desvío,
y en sus incultas maneras
bien de manifiesto pone
y á todas luces demuestra
que los triunfos de su hermano
son su pesadilla eterna.

.

«Vamos á ver:—dice el rey —
vuestro monarca desea
conocer al combatiente
que por sus valientes prendas

ha conquistado más palmas
en la lid caballeresca.»

Guardó el rey sabio silencio
esperando la respuesta
y todos «¡Alonso Pérez!»
le responden con firmeza,
«Alonso Pérez.... ¿cuál de ellos?»
dice el rey con impaciencia.
Entonces, Don Juan que mira
con disgusto aquella escena
«¡Es mi hermano de ganancia!»
exclamó, dando á su lengua,
el desdén más insolente
y la intención más perversa.

Pareció mal la salida
á toda la concurrencia,
y mucho más á Guzmán
que al verse herido por ella;
«Decís verdad; y os prometo
—exclamó con entereza—
que si yo soy *de ganancia*
vos seréis siempre *de pérdida*.

Y os aseguro, Don Juan,
que si no tuviese en cuenta
ni la parte donde estamos
ni de mi rey la presencia,
luego os diera yo á entender

de muy distinta manera
cómo se trata á quien tiene
mi valor y mi nobleza!

Mas á vos no echo la culpa
porque no es la culpa vuestra,
sino de quien os crió
que de tal modo os enseña!»

Comprendió el rey desde luego
que por él iba la queja,
puesto que á su lado siempre
pasó Don Juan su existencia;
y sintiéndose humillado
ante los que le rodean,
con mal velado despecho
y rabia mal encubierta:
«No ha dicho mal vuestro hermauo;
—el monarca le contesta—
porque, sabed que en Castilla
es ya costumbre algo vieja
calificar de ese modo
á los que nacen de aquellas
damas que con sus maridos
en el templo no se velan!»

Mira al rey Alonso Pérez
con desenfado y fijeza
y siente que se le agolpa
la ardiente sangre en las venas;

y entre el asombro de todos
los que mudos le contemplan,
y entre el temor de su hermano
que por su vida recela:

«También es costumbre—dice—
en la castellana tierra,
que, cuando ve un hijodalgo
que sus señores le niegan
el buen trato y la justicia
que se le debe en conciencia,
se despida de su patria
para buscarlo en la agena.

Otorgadme, pues, del Fuero
las establecidas treguas
para poderme marchar
donde á mí más me convenga,
¡que ni yo estuviera aquí,
ni jamás vasallo fuera
de ningún rey que así paga
los servicios que le prestan!»


Mucho á Alfonso contrarió
su descaró y su firmeza,
y mucho disgustó á todos
resolución tan extrema.

Mas no pudiendo lograr
que olvidara tal ofensa
ni que en su pueblo quedase

quien de su pueblo prez era;
con Aben-Jucef se embarca
bajo la formal promesa
de luchar contra los moros
si le hacen los moros guerra.

Marchó Guzmán y según
algunas crónicas cuentan,
no se arrepintió de hacerlo
aunque tuvo en ello pena;
y á su adiós más cariñoso
y á su mirada más tierna,
dicen que se estremeció
la inmaculada bandera
que fué en cien gloriosas lides
honor de la hispana tierra!





EL PAGO DE UNA OFENSA

IV

Seis veces la tierra anduvo
en derredor del gran astro
desde que sufrió Guzmán
los desdenes del rey sabio;
seis veces la tierra anduvo
en derredor del gran astro;
y en este tiempo las cosas
de tal manera han cambiado,
que Guzmán, con el auxilio
de poquísimos cristianos
que de las negras mazmorras
por ir con él se libraron;
y con su arrojo y pericia
y el esfuerzo de su brazo,
ha alcanzado tantos triunfos
y ha obtenido tantos lauros,
y ha dado tanto poder

del rey moro á los estados,
que éste en Guzmán deposita,
de sus favores en pago,
su más ciega confianza
y su amor más acendrado,
y es del joven ante el moro
su proceder tan exacto,
y su prudencia tan grande
y sus consejos tan francos,
que, nada hace Aben-Jucef.
ni en su imperio se dá un paso
sin que el noble Alonso Pérez
lo disponga de antemano.

Pero ¡ay! que tan ¡justas muestras
de favor y de agasajo
en el hijo del rey pronto
celos y odios despertaron
encendidos por Amir
y por Amir avivados.

Mas, no es hombre el rey de Fez
que de envidias haga caso,
ni que apadrine rencores
ni que dé crédito á engaños;
así cuanto más persiguen
á Guzmán sus adversarios
más aumentan sus riquezas,
su poderío y su rango.

Llena se halla España toda
de la fama y del aplauso
que desde ha tiempo rodean
á tan ilustre soldado;
y tan gloriosas hazañas
y altos hechos llevó á cabo
con asombro de las gentes
del rojo suelo africano;
que no hay ya quien no le nombre
con delirante entusiasmo,
ni hay lira que no le ensalce,
ni hay un corazón honrado
que no lata ante los triunfos
de leonés tan bizarro.

Y desde la ilustre dama
hasta la del pueblo bajo;
desde el humilde pechero
hasta el rico cortesano;
desde el rey más poderoso
hasta el último vasallo,
le aclaman una y mil veces
con entusiasta arrebató,
entre los genios guerreros
por el genio más preclaro.

Y mientras su estrella adquiere
más energía en sus rayos
son ya cada vez más fríos

y son cada vez más pálidos
los fulgores de la estrella
del rey Don Alfonso, el Sabio.

Descontentos tiene á todos
su proceder y mal tacto,
que al litigio del Imperio
tan inútil como caro,
provocó el nuevo conflicto
no menos serio y pesado
de alterar con la moneda
de tal manera los ánimos,
que todos vieron surgir
con tan imprudente cambio
desconciertos y peligros
tan graves como cercanos.

No paró aquí su infortunio
ni sus desdichas cesaron,
que para abreviar su ruina
y aumentar su descalabro,
variar de su reino quiso
la sucesión, sin reparo
al disgusto de los nobles
y en perjuicio de Don Sancho.

Mas, no era propicio el príncipe
á sufrir el duro agravio
de dejarse despojar
de lo que él hubo ganado

con las luces de su ingenio
y la fuerza de su brazo.

Y así, lejos de acatar
de su padre el duro fallo,
viéronse en Valladolid
sus más fieles partidarios;
y declarando que el rey
no es para gobernar apto;
creyendo que más acierto
y valor son necesarios
para ocupar dignamente
el primero de los cargos,
á Don Sancho, de su padre
dan la autoridad y mando.

Y volviendo á este la espalda
sus grandes y sus prelados,
ni su esposa le consuela,
ni sus hijos le hacen caso,
ni le socorren de España
los reyes, sus aliados;
y el rey moro de Granada
en concierto con Don Sancho
mayores hace el peligro
la rebelión y el escándalo.

Y falto de autoridad
y hasta de esperanza falto,
sin más hogar que Sevilla

que siempre le abrió sus brazos,
y al borde de aquel abismo
que amenazaba tragarlo,
sin dinero y sin amor,
sin familia y sin vasallos;
vuelve los ojos del alma
con angustia á lo pasado;
y haciendo por contener
los raudales de su llanto,
se acuerda de aquel Guzmán
tan valiente como honrado
y que un día sus desdenes
á extrañas tierras llevaron.

Sospechaba el rey Alfonso,
y no sospechaba en vano,
que ni el tiempo ni la ofensa
habrían en él trocado
los hermosos sentimientos
de su corazón hidalgo.

Y en el mar de su desdicha
tan obscuro como amargo,
viendo en el joven el puerto
más seguro y más cercano,
hallar descanso en él quiso
y en él encontró descanso.

Seguro el rey de no verse
por Alonso desairado,

pídele que influya al punto
del rey de Fez en el ánimo
para que, compadecido
de su negro desamparo,
pueda el rey con su tesoro
y su ayuda remediarlo.

Cogió la carta Guzmán
lleno de inquietud y pasmo
y la corona que en prendas
mandaba al rey mahometano;
y aquel ardiente mancebo
que conservaba aún intactos
el respeto á su monarca
y un verdadero amor patrio;
olvidando generoso
de otro tiempo los agravios,
diz que se sintió muy triste
y hondamente impresionado
por las mortales angustias
del rey Don Alfonso, el Sabio.

Cumplió Guzmán en seguida
las ansias del rey cristiano;
y con un séquito digno
de su fama y de su rango,
tornó á su querida patria
tan hermoso y tan gallardo
como estaba cuando en ella

conquistó el primer aplauso;
pero trayendo en su rostro
ligeramente tostado
con las huellas de aquel clima
y de aquel sol africano,
el sello duro, imborrable,
y el continente bizarro
de aquel que probó en cien lides
con cien heróicos actos,
su intrepidez y su arrojo,
su valor y su entusiasmo.

Y con el hondo respeto
del más humilde vasallo
depositó Alonso Pérez
ante aquel rey desdichado
sesenta mil doblas de oro,
que con su amigo más franco
y guerrero más valiente
y consejero más sabio,
mandaba el rey berberisco
al monarca castellano....
y es fama que el rey lloró,
que tendió á Guzmán sus brazos,
y que jamás hasta entonces,
hizo á Alfonso tanto daño
el recuerdo de una ofensa
que obtuvo tan digno pago.



EL REGRESO

V.

Ya murió el rey mahometano,
ya el protector incansable
de Guzmán, llevó al Edén
de sus glorias inmortales,
la pesadilla más negra
y el sentimiento más grande
por dejar á Alonso Pérez
entre el rencor más salvaje,
entre el odio más profundo
y la envidia más cobarde.

Frescos estaban los lauros;
recientes eran los lances
que dieron vuelo á su fama
en los últimos combates,
y aun al pueblo parecía

estar viéndole arrogante
y grandioso como á Júpiter
y bélico como á Marte
mandando las huestes moras,
y ante aquel recio oleaje
de corceles voladores,
de anchos y corvos alfanges,
de mortales cimitarras
y blanquísimos turbantes;
ora rompiendo las filas
del enemigo implacable,
ora al fogoso Almortuda
cruzando de parte á parte;
y entre el loco clamoreo
de los fieros musulmanes,
y entre el ruido de las armas,
y entre el rumor de los ayes
y entre aquel revuelto mar
de cabezas y de sangre;
sobre su fogoso bruto,
ébrio de gloria y coraje,
pisando y rompiendo craneos
sobre alfombras de cadáveres;
y entre el pasmo y el delirio
de los ejércitos árabes,
nombrando á la sombra augusta
del victorioso estandarte,

á Budeluz, de Marruecos,
miramamolin triunfante.....

Recientes son todavía
los procederes infames
con que pagó á Aben-Jucef,
Budeluz favor tan grande;
y aun del español bizarro
no ha puesto en olvido nadie
los hechos maravillosos
y las victorias brillantes
con que á Budeluz logró
rendirle y anonadarle,
y segar sus ambiciones,
y malograr sus afanes,
y arrancar á su poder
con esfuerzos de gigante
el imperio de Marruecos
que al rey de Fez dió más tarde
entre locos entusiasmos
y entre vítores unánimes.

Pero todas estas glorias
que lograron conquistarle
el aprecio de los reyes
y el amor de las ciudades,
más despertaron los celos
malvados y miserables
del monarca Aben-Jacob,

que, si heredó de su padre
los poderosos dominios,
no heredó en sus cualidades
ni su noble gratitud
ni sus prendas de carácter,
y no pensó desde entonces
en más gloriosos combates,
ni en hechos más levantados
ni en empresas más formales
que en saciar su ruín venganza,
y en deshacerse cuanto antes
de aquel que con su talento
y su brazo infatigable
no supo hacer más traiciones
ni le hizo nunca más males,
que engrandecer sus Estados
y tolerar sus desmanes.

Supo Guzmán los propósitos
que abrigaba el rey cobarde;
y para escapar con vida
de tan peligroso trance
lo pone en conocimiento
de sus gentes más leales;
y fingiendo ir á luchar,
de Fez con su tropa sale,
al mismo tiempo que el alba
las puertas celestes abre

para mostrar de su manto
los brilladores encajes,
bordados con las macetas
de topacios y brillantes
que Dios cuidadoso guarda
en sus eternos fanales.

Dejando van los cristianos
los desiertos y lugares
que un día testigos fueron
de sus gloriosos combates;
y revolviendo hacia el mar
y acercándose hasta Tánger
embárcanse en las galeras
que aprestar mandaron antes.

Y dando su último adiós
á aquellos dominios árabes
donde grabadas quedaron
sus hazañas con su sangre;
entre la música dulce
y entre el rumor inefable
de la sencilla plegaria,
del pacífico oleaje
y de sus tiernos y alegres
y arrulladores cantares;
arribaron á su patria
dulce, cariñosa, amante,
que acogió al bravo Guzmán
con el amor invariable

con que acogió al hijo pródigo
su desventurado padre.

.

Muy poco después, Sevilla,
engalanaba sus calles
y ofrecía toda suerte
de fiestas y de homenajes
á aquel adalid cristiano
que tornaba á sus hogares
con el peso abrumador
de sus lauros inmortales;
y cuya alma generosa,
y cuyo ánimo gigante
en holocausto á su patria
habían de dar más tarde
el ejemplo más sublime,
y más glorioso y más grande
que vieron jamás los pueblos
ni soñaron las edades!





TARIFA

VI

Héle allí; de sus miradas
rayos de venganza brotan,
calabozo de blasfemias
es, por lo hedionda, su boca;
y en su cerebro maldito
continuamente se forjan
el puñal de la perfidia
y el dardo de la discordia.
Escándalo de los pueblos
de España baldón y mofa,
ni promesas ni castigos
cambiar su condición logran,
que quien favores le presta
solo ingratitudes compra.

Y ni su rey le reduce
ni su hermano le recobra,

ni su patria le detiene
ni su religión le importa.

Que para lograr los fines
y miserias que ambiciona;
su rey, su hermano y su patria
y su religión le estorban.

Y ese engendro del abismo
que así la justicia arrolla,
y así su deber olvida
y así la maldad aborta,
es el infante Don Juan
que, con la intención más torva
y la ruindad más infame,
y la soberbia más loca;
con la ambición de ceñirse
de su hermano la corona,
vende á Aben-Jacob su patria,
su religión y su honra....

Cinco mil ginetes moros
todo su ejército forman
que sobre los fuertes muros
de Tarifa se desbordan;
y no hay dardo que no arrojen,
ni arma de que no dispongan,
ni máquina que no empleen,
ni artificios que no acojan,
ni dádivas que no ofrezcan

ni energías que no opongan
de aquellos nobles guerreros
á la resistencia heróica....

Jamás fué de Alonso Pérez
la figura más hermosa,
ni más gentil, ni más grande,
ni más arrebatadora.

Sobre el muro de Tarifa
yacen su patria y su honra
simbolizadas las dos
en la bandera española,
y él fiel á su rey Don Sancho
la defiende á toda costa;
y ni desvelos omite
ni sacrificios perdona,
ni intereses, ni familia,
ni tranquilidad le importan.

Tarifa todo su empeño
y todas sus ansias forma,
que en ella están sus temores,
y sus esperanzas todas.

Aquella plaza que un día
con abnegación pasmosa
él mismo pertrechar quiso
con sus armas y sus tropas;
aquella plaza, baluarte
del cristianismo que evoca

sus luchas, sus infortunios,
sus peligros y sus glorias:
centinela poderoso
á cuya gigante sombra
el pundonor de la patria
tranquilamente reposa;
aquella plaza bendita
que entre turbantes asoma
y en cuyos muros sagrados
la santa Cruz se enarbola;
ostentando con orgullo
cien guerreros por corona;
blanco de las iras ciegas
de las mahometanas hordas,
ni á sus ímpetus se apura
ni á sus ataques zozobra,
ni se cansa, ni se rinde,
ni se humilla, ni se agobia.

Y en vano en derredor suyo
los vientos traidores soplan,
que cuanto más menudean
los ataques y maniobras,
cuantos más medios de lucha
el traidor Don Juan apronta,
más inútil es su esfuerzo,
más dudosa es su victoria,
más valor cobra Guzmán,

más el cerco se prolonga.

A los valientes sitiados
bríos y energías sobran
mientras que los sitiadores
al desmayo se abandonan.

Y al par que sus hombres ceden,
y al par que su gente afloja
y se va haciendo á sus ojos
más segura la derrota;
más al malvado Don Juan
el despecho le trastorna,
y más sus furoros crecen
y más sus iras provoca,
y sus enconos despierta,
y su razón encapota
y pensamientos más negros
en su cabeza se agolpan.

Cercano está su exterminio
y está su ruina muy próxima;
mas el diablo que le anima
y le protege y le abona,
pone en su camino el crimen
y tras el crimen, la aurora
que sus triunfos ilumina
y sus ambiciones colma
¡pero una aurora sangrienta,
terrible, exterminadora!

Mas él que pasa por todo
y todo reparo corta
en el ceno de su infamia
razón y conciencia ahoga;
y presentando ante el muro
de aquella pequeña Troya
un hijo de Alonso Pérez
que en época no remota
diérale el padre, y con él
su fe y confianza toda:

«¡He aquí tu hijo! — el malvado
gritó á Guzmán con voz ronca—
¡La Plaza ó su vida; escoje,
que es poco el tiempo que sobra... »

¡Oh! qué angustias y pesares,
y furores y zozobras
en la trastornada mente
de aquel padre se amontonan,
y le enloquecen, le abaten,
le desesperan y agobian....

Pero en medio de la lucha
que en su cerebro provocan
de un lado su amor de padre,
de otro su fe de patriota
¡surge la imagen sublime
de su patria vencedora!

Y con un valor tan grande

que al mismo traidor asombra;
firme sobre el ancho muro,
de su puñal se despoja;
y arrojándole á las plantas
del vil asesino: «¡Toma;
por si te falta cuchillo
con que consumir tu obra...!»
exclama Guzmán, el Bueno,
con voz por la rabia sorda.
Y aquel niño candoroso
su cuello inocente dobla,
y entre el furor del verdugo
y entre el pasmo de las tropas
¡se hunde en su tierna garganta
del puñal la sangrienta hoja....!

.
¡Salve, defensor sublime
de tu patria y de tu honra!
Prez de nobles caballeros,
luz y esplendor de la Historia,
asombro de las naciones;
cuando mi patria te nombra,
enmudecen los plebeyos,
y los magnates se postran,
¡y los príncipes se humillan
y se inclinan las coronas!

PRECIO UNA PESETA

